RESEÑA

Título: *LA CAPITAL DEL MUNDO*

Autor: Ernest Hemingway

EN LA CAPITAL DEL MUNDO: LA 107

La capital del mundo es un conocido cuento de Ernest Hemingway que leí de joven sin que me causara especial atención y sin saber su futura relación conmigo como persona y escritor. Comparado con otras obras maestras suyas que tanto aprecié como *El viejo y el mar*, *Las nieves del Kilimanjaro* o *Fiesta*, este relato no tiene la altura de ellos, pero anuncia una de las líneas temáticas del autor y su interés por España, así como su estilo magro de oraciones simples, sin subordinación sintáctica y con evidentes toques autobiográficos.

*

Hace ya unos cuantos años de esto que voy a contar: vivía yo en Barcelona y tuve que viajar a Madrid a hacer unas gestiones urgentes en el Ministerio de Educación, por el centro. Sólo tenía que entregar un documento personalmente a las ocho de la mañana y regresarme en el AVE a las nueve para reincorporarme a mi trabajo al mediodía. Viajé en el último servicio de la noche anterior y me hospedé en la primera pensión que encontré con habitaciones libres a precio moderado. Quedaba en la carrera de San Jerónimo, cerca del Congreso de los Diputados, y se llamaba Aguilar. Atención exquisita, pulcritud, sencillez y una ubicación privilegiada: cerca de la Puerta del Sol, del barrio de Las Letras, de la plaza de Santana y de las calles Huertas y Fúcar, que tan bien conocía yo por haber trabajado tiempo atrás en ese sector del Madrid más castizo.

*

Decidí volver al Aguilar otras veces y en una de ellas conocí a su dueño, Simón Hernández, un castellano recio, hecho a pulso, seco pero entrañable, gran amante de la caza y que viajaba con cierta frecuencia a Extremadura. Se alegraba cuando me veía, me consultaba asuntos médicos y conversábamos largos ratos preguntando por mi hijo y contándome anécdotas de su juventud, de su llegada a Madrid y de cómo se hizo dueño de este lugar, de cómo aprendió a manejar a la *fauna* que por allí pasaba, desde diputados, funcionarios, viajeros y *buenasvidas*. Alguna vez me habló de que allí al lado, en ese mismo edificio, funcionó el hotel Rusia, el lugar donde los hermanos Lumière hicieron la primera proyección cinematográfica en España el 14 de mayo de 1896 y que en la pensión se había hospedado algún que otro escritor famoso, antes de la Guerra Civil. Supo él que también yo era escritor y desde entonces procuraba asignarme, sin saber yo porqué, la habitación 107, cuando estaba libre, agradecido porque seguí siendo fiel al hostel en los peores momentos de las dos grandes crisis de este siglo. En mala hora el Covid se llevó a mi amigo hace un par de años, dolorosa noticia que supe meses más tarde pues su familia decidió cerrar el hostel durante un tiempo por esta circunstancia y aprovechando las restricciones de la pandemia para hacer obras de remodelación.

*

Como fruto de esa remodelación, con un original aire *vintage*, en la recepción y la sala de estar decidieron poner unas vitrinas con estantes, llenas de objetos de gran valor simbólico para su gente; dedicando una de ellas a Ernest Hemingway y otra a este servidor y amigo de la casa, hecho que me honra sobremanera y agradezco públicamente. ¿Pero qué tiene que ver esto con la habitación 107 del hostel? Nada más y nada menos, lo supe hace unos meses, que esa era la habitación que solía usar el escritor norteamericano cuando venía a Madrid en los años treinta, estando casado aún con la periodista Pauline Pfeiffer. Me la asignaban por deferencia y en homenaje.

*

Sus dueños actuales pensaban que aquello era una leyenda urbana, una de las tantas que la gente se inventa y que de tanto repetirse se da por cierta. Cambiaron de opinión cuando Julio, el empleado más antiguo del lugar, recibió una extraña petición de un investigador de una universidad norteamericana, experto en la obra del Nobel, que quería reservar una habitación en el hostel; pero tenía que ser expresamente la 107, porque era la que solía ocupar el narrador cuando allí se hospedaba. Y supieron más: que en esa habitación y en el comedor del hostel escribió alguna de sus crónicas periodísticas, algunas páginas de la novela *Tener y no tener (To Have and Have Not)*, publicada en 1937 y llevada al cine en 1944 con Humprey Bogart y Lauren Bacall; y también algo de su única obra de teatro (*La quinta columna*), así como varios de sus relatos de esa época incluidos en su famoso libro *La quinta columna y los primeros 49 relatos* (1938), expresamente uno titulado *La capital del mundo*, dedicado a Madrid y ambientado en aquella pensión; y seguramente los tres que le mencionó al periodista George Plimton en una entrevista de 1954 (publicada en *Paris Review* en 1958), en la que le confirmó que un 16 de mayo que había nevado en Madrid y se había suspendido

la corrida programada de la feria de San Isidro, escribió *Los asesinos, Diez indios y Hoy es viernes*. En la mañana de aquel día escribió el primero; el segundo, después del almuerzo y metido en la cama para calentarse por el frío que hacía; y, el tercero, después de haber ido a tomar café al *Fornos*, “*el viejo café de los toreros*”. Le dijo al entrevistador además que, terminado el tercer cuento, se puso triste, se tomó un brandy y se acostó a dormir, pero lo despertó uno de los camareros del lugar, enviado por la mujer que dirigía la pensión que siempre estaba preocupada porque no comía lo suficiente: “*Me había olvidado de comer y uno de los camareros me subió un poco de bacalao y un chuletón con patatas fritas y una botella de Valdepeñas*”.

*

La capital del mundo (The Capital of The World), publicado inicialmente en *Squire* en junio de 1936 con el nombre de *Los cuernos del toro (The Horns of the Bull)*, forma parte del libro antes mencionado, *The Fifth Column and the First Forty-Nine Stories*, y fue publicado por la editorial Scribner's Sons, mediada ya la guerra civil española y siendo corresponsal el escritor de la North American Newspaper Alliance. El cuento tiene como protagonista a un joven llamado Paco, proveniente de una aldea de Extremadura donde “*imperaban condiciones de vida increíblemente primitivas*”, que ha emigrado a Madrid para trabajar de aprendiz de mozo en la pensión Luarca, donde trabajan dos hermanas suyas de camareras que le han animado en su viaje a la capital. Aficionado a los toros, es el más joven de los tres mozos que allí atienden y “*sólo tenía en cuenta a los toreros, los únicos que existían para él*”.

Aquella pensión era el lugar ideal de residencia en la primavera para los subalternos y para los “*toreros de segunda clase, porque su situación en la calle San Jerónimo les convenía, además de que la comida era excelente y el alojamiento y la pensión resultaban baratos. El torero necesita la apariencia, si no de prosperidad, por lo menos de crédito, ya que el decoro y el grado de dignidad, aparte del valor, son las virtudes más apreciadas en España, y los toreros permanecían allí hasta gastar sus últimas pesetas*”.

Por aquel entonces se hospedaban en la pensión tres diestros auténticos, dos picadores muy buenos y un excelente banderillero, aparte de un par de curas. *El Luarca constituía un verdadero lujo para los picadores y banderilleros, que, como tenían sus familias en Sevilla, necesitaban alojamiento en Madrid durante la estación primaveral. Pero les pagaban bien y tenían trabajo seguro, pues tal clase de subalternos escaseaban mucho aquella temporada. Por lo tanto, era probable que esos tres subalternos ganasen más que cualquiera de los tres matadores*”.

Hemingway después de describir con precisión a cada uno de los trabajadores y ocupantes de la pensión, critica a la España de entonces poniendo en boca de uno de los camareros anarcosindicalistas la siguiente expresión: “*En España hay dos maldiciones: los curas y los toros*”. Paco, vaciado el comedor al final de la noche, se queda con su compañero Enrique; se toman una copa de vino, se lucen toreando de salón y hablan del miedo. Éste reta al más joven y le propone sustituir los cuernos ficticios de un astado por dos cuchillos: “*Piensas en el toro, pero no piensas en los cuernos. El toro tiene tanta fuerza que los cuernos desgarran como cuchillos, se clavan como bayonetas y matan*

como garrotes". Se anuncia la tragedia y esta se desencadena indefectiblemente, como un destino aciago y malhadado, irónicamente, dejando al migrante extremeño con las ilusiones intactas y la vida perdida.

*

Este junio corriente se empieza a celebrar en Madrid el centenario de la primera visita de Hemingway a España con diversas actividades en lugares singulares de la capital y que irán hasta finales de año. Se hablará de toros y letras, de escribir a puñetazos, de la teoría del iceberg, habrá también rutas gastronómicas y de *Por quién doblan las campanas*, así como alguna actividad especial en el hostel Aguilar recreando *La capital del mundo*, en la que procuraremos estar, aunque ya estemos, compartiendo vitrina, honrosamente, con el escritor y ocupando la habitación 107, donde leo y escribo de día o de noche cuando allí estoy, con hambre o sin ella, tal como lo hiciera hace ya un siglo el Nobel norteamericano.

Antonio María Flórez